

1914-1918

La “guerra de propagandas” en España



Que un país neutral fuera o no simpatizante de la causa, significaba un dato de importancia para las naciones combatientes de la I Guerra Mundial. En primer término, porque el territorio en conflicto era de una amplitud tan elevada que nadie podía asegurar que no se agrandase con el paso del tiempo. (En la imagen, restos de la ciudad de Bethune, bombardeada por los alemanes el 21 de mayo de 1918.)

Jesús Longares Alonso

UNO más de los interesantes fenómenos que trajo la Primera Guerra Mundial a España, fue una propaganda abundantísima, vertida por doquier. A través de los años bélicos, vemos reflejada su existencia en multitud de actos y conferencias, oficial y oficiosamente programados por las embajadas francesa y alemana o sus respectivos servicios de información. Hubo dinero abundante para este tipo de trabajo. Algunos han visto en este río de oro la única causa de la violenta división de opiniones producida en nuestro país respecto al enfrentamiento bé-

lico. «Quien en España —dice Ceballos Teresí en su **Historia Económica y Financiera de España**— pronunció y mantuvo realmente la neutralidad, fue el utilitarismo, las guerrillas de germanófobos y aliadó-fobos en gran parte interesados y aún alquilados a sueldo... que en el mantenimiento de la neutralidad sólo veían grandes negocios y lucros». La visión no nos parece acertada en su totalidad, pero sí es válida para indicar cómo la actividad propagandística fue algo masivo, en donde se quemaban capitales y esfuerzos que se reputaban como bien empleados.

NECESIDAD DE LA PROPAGANDA

No era un dato sin valor para las naciones combatientes que un país neutral fuera simpatizante o no de su causa. Primero, porque el territorio en guerra era de una amplitud tan elevada que nadie podía asegurar que no se agrandase con el paso del tiempo. Tal es el caso de Italia, nación tradicionalmente encuadrada en el marco central, en donde una propaganda bien dirigida, entre otras causas, motivó su inclusión bélica en la órbita aliada.

Con la guerra submanina, por otro lado, todos los países se ven afectados. Es muy difícil que una nación con buques en la mar no haya sentido en sus carnes el terror de la guerra. El hundimiento de un barco con bandera neutral puede ser recibido en el país que lo sufre con mayor o menor tranquilidad, pero, en cualquier caso, ésta vendrá motivada en buena medida por las simpatías con que vea a las naciones en lucha. Lo que para unos es provocación inadmisibles, para otros no pasa de ser una consecuencia inevitable de los tiempos que transcurren.

Hay una causa más por la que todas las naciones hacen uso de la propaganda; es la guerra económica que avanza paralela a la de los campos de batalla. Este fenómeno —calificado por Alba como «los chispazos de la hoguera»— alcanza a todos los neutrales, y es necesitado por todos los beligerantes. Estos precisan de la industria, materias primas y subsistencias de los países en paz, para sustituir a sus fábricas militarizadas y a sus campos arrasados. Al mismo tiempo, en los países no combatientes se producen unos disloques económicos, creadores de malestar social, que ha-

cen mirar a la guerra con malos ojos. La propaganda, en este caso, tenderá tanto a ganar su simpatía para hacerlo proveedor de sus ejércitos, como a cargar en el adversario la culpa de los desequilibrios internos.

Por todo esto, la propaganda es necesaria y eficaz. Por todo esto, es universal: desde Estados Unidos a España, desde Suiza a Brasil.

LOS ALBORES DE LA PROPAGANDA

El inicio de esta actuación nos parece que consiste en la literatura de tipo nacionalista que surge en los países implicados en la guerra, con el fin de fomentar, en el propio pueblo que ha de luchar, los sentimientos necesarios para enardecerlo. Estos discursos y artículos, en lenguas extrañas a la nuestra, se infiltran por la

<h1>EL MUNDO MILITAR</h1>		
Oficina: Churruga, n.º 3, MADRID	Revista mensual ilustrada declarada de utilidad para el Ejército y la Marina por Reales órdenes de 10 de julio de 1908 y 15 de abril de 1909.	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: 3 ptas. trimestre. Dependencias oficiales, 6 ptas. trimestre. Extranjera, 25 ptas. año.
Apartado Correos n.º 445.	:: SEGUNDA EPOCA ::	
Administrador: José González Ledesma.	FUNDADOR: Miguel Gistau Ferrando.	Año XI.-Núm. 361. 1 de junio de 1918.

LA MAYOR INFAMIA DE ESTA GUERRA

Un soldado manda a su coronel.

A las infinitas infamias que se están cometiendo en Rusia habrá que poner en cabeza el hecho rigurosamente cierto y tomado como puede verlo el lector en esta plana, que reproducimos de un periódico francés tan serio y tan sensato como *Le Miroir*.

La desorganización del Ejército fué uno de los principios de los maximalistas, creyendo que pueden vivir los pueblos sin una fuerza disciplinada que garantice al país contra el robo y el asesinato.

La primera brutalidad de esa inicua y cobarde revolución, que está retratada con el decreto reciente de castigar a latigazos la fidelidad conyugal, condenando a los esposos por acaparamiento, y que tiene por finalidad el asesinato y robo, fué retirar toda autoridad a los oficiales poniéndolos a las órdenes de los soldados que se designaron como jefes de regimiento y de brigada o asesinandolos si se resistían.

La fotografía muestra uno de esos jefes improvisados por el Gobierno maximalista pasando revista al regimiento en el que servía como soldado y en el que ahora su primitivo coronel, el primero de la derecha, está formado en fila como un recluta cualquiera.

La actitud de ambos dice lo bastante.



Si España se encontró dividida en dos bandos, aliadófilos y germanófilos, lógico es que la Prensa española reflejara en sus opiniones similar división. Reproducimos la portada de la revista mensual «El Mundo Militar», de fecha 1 de junio de 1918.

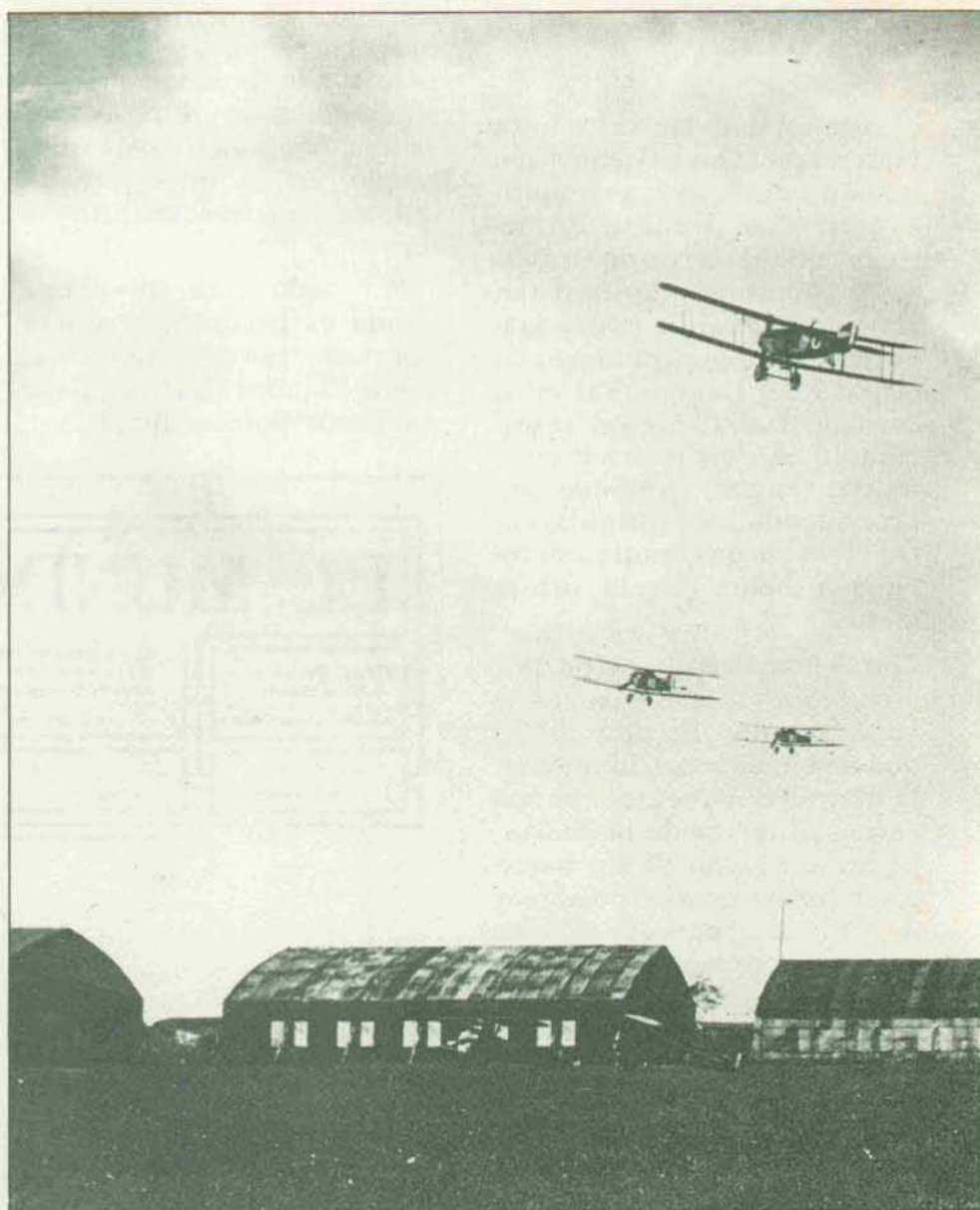
Es posible que la escasez de propaganda inglesa en nuestro país tenga una razón profunda: Inglaterra era una nación poco querida a nivel popular en España. De las fuerzas británicas elegimos como representación este 22 Escuadrón del Bristol F2BS de la R.A.F., que sobrevuela en misión de guerra el aeródromo francés de Serny.

frontera formando parte del sumario de periódicos y revistas francesas, inglesas y alemanas. Estas publicaciones, más que a destinatarios particulares, suelen venir dirigidas a departamentos oficiales, embajadas en Madrid y redacciones de periódicos. Todos ellos, a su vez, actúan de órganos difusores de mayor alcance.

Así es como nos llegan elementos de gran alcance propagandístico, tales como el discurso de Lloyd George en el Queen's Hall de Londres durante el mes de septiembre de 1914, la pastoral del cardenal Mercier, en abril de 1915, o las cartas que, en defensa de la causa de su país, Emile Boutroux escribe a la *Revue de deux Mondes*, en los fines de 1914 y mediados del 1915.

Artículos ingleses, franceses y alemanes se ven transcritos y comentados en los periódicos españoles. Hay revistas de concienzuda intelectualidad —como *La Lectura*— que desde septiembre de 1914 abre dos nuevas secciones, abundantes en páginas, dedicadas únicamente al estudio de los periódicos y revistas tanto aliadas como germanas que, tratando el tema bélico, llegan a su redacción. El material vertido por estas revistas es enorme, y quizá de una influencia superior a los libros publicados en defensa de las posturas, porque estos artículos, al ser recensionados y vertidos en la Prensa diaria, adquieren un fuerte nivel de asimilación popular.

Con el paso de los meses, el campo se amplía. Se inicia una propaganda más directa y



consciente. La anteriormente reseñada se produce por la fuerza de los hechos, por el curso de la vida, y es la única vía disponible en los primeros momentos antes de la organización metódica de los servicios de información. La propaganda se hará mayor; «abundante, inagotable. Si los cañones retumban, gimen las prensas, y no es menor la lucha con la pluma que la lucha con la espada», como se dice en *La Lectura*, ya en octubre de 1914.

LA PROPAGANDA INGLESA Y AUSTRIACA

Es muy de notar que para Es-

paña la Primera Guerra Mundial fue esencialmente un enfrentamiento franco-alemán.

Ese mismo camino sigue la propaganda. La propaganda inglesa es comparativamente muy inferior a la restante; se reduce a unos cuantos libros en lengua inglesa, a algunos discursos y artículos de intelectuales y políticos anglosajones, y una porción de noticias sobre el comportamiento moral de sus tropas en los frentes de batalla y con las poblaciones civiles del continente.

Es posible que la escasez de propaganda inglesa tenga una razón profunda: Inglaterra,

LA PROPAGANDA ALEMANA

El Servicio Alemán de Información fue uno de los órganos más eficaces de los que funcionaron durante la guerra. La propaganda alemana estaba dirigida desde Berlín. El periódico central de propaganda alemana para los países neutrales era el **Hamburger Frendenblatt**. (Es interesante a este respecto el artículo de Lewis S. Bejamin, «Un estudio de la propaganda alemana», en **The Nineteenth Century**, de noviembre de 1916). Lógicamente, las dificultades idiomáticas habían motivado que —en un primer momento— fuera más leída la propaganda de tipo nacionalista francesa que alemana. Pero pronto se rehace la igualdad, y la balanza podemos decir que se inclina por su peso hacia el lado alemán. A mediados de 1918, se calificaba a la propaganda germánica —en el periódico **El Tiempo**— de «algo insuperable y aún difícil de igualar».

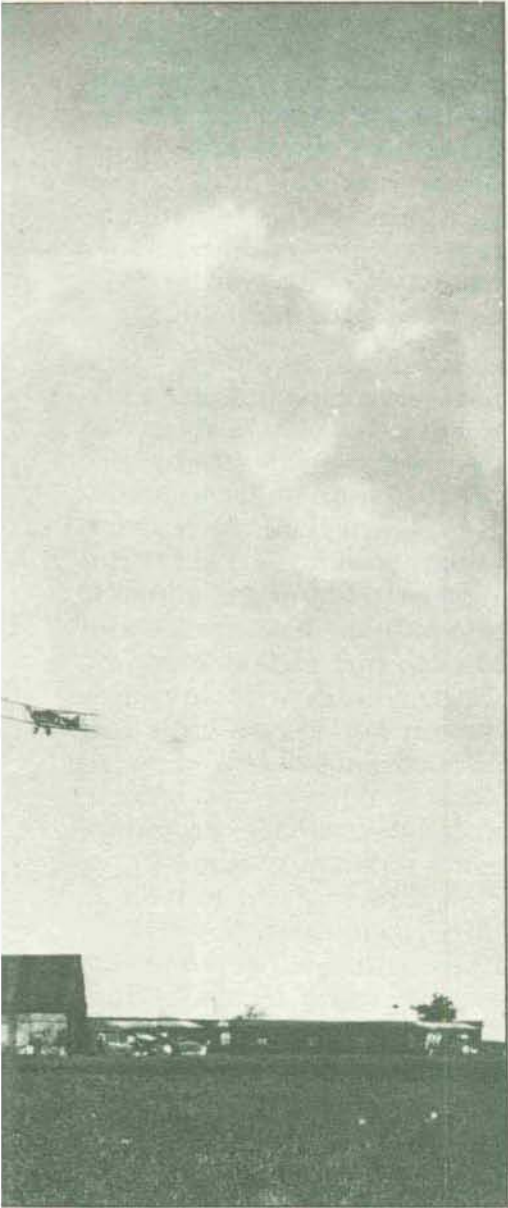
Fue Barcelona el cuartel general del Servicio de Información Alemán. Situado en la Calle Santa Teresa, irradia su influencia a buen número de editoriales y librerías catalanas. Tanto la librería Schneider, como la Nacional y Extranjera, y el mismo Servicio de Información —todos en Barcelona—, dedican buena parte de su actividad a la edición de propaganda alemana. La participación de estas editoriales en la causa germánica excede a la simple publicación de libros. Así las vemos siendo local de venta de papeletas de la Cruz Roja Central, Oficina de Información sobre cursos de alemán, etc.

Pero no fue el libro, ni mucho menos, el factor decisivo de la propaganda alemana. Si comparamos el volumen de libros publicados a favor del

bando central con los que podríamos llamar francófilos, vemos a los primeros en fuerte minoría. Más aún, como luego notaremos, son libros de escasisimo valor intelectual, de pobreza de ideas. Sin embargo, tienen buen valor novelesco: son hazañas bélicas alemanas, historias de submarinos... Pero no nos anticipemos en el estudio de contenidos, que ocupa otro lugar.

Mayor volumen tuvo el sector de la conferencia y el periódico. Gran papel jugó en este aspecto la Cruz Roja de los Imperios Centrales. Esta, siempre bajo la alta tutela de la buena aristocracia alemana residente en España, organiza multitud de actos, culturales unos, sociales otros, que llevan bajo sí el etéreo valor de lo distinguido y simpático. Será la Cruz Roja la organizadora de una **tournée** por España de películas alemanas del frente. En noviembre del 1916 se proyectan en Pamplona, un mes tarde las vemos ya en Valencia. Paralelo a esto, organizadas ahora por la embajada, se proyectan en Madrid, en el Teatro Goya, series similares de películas. El éxito de público es notable. Nos han quedado algunos títulos: «La industria alemana», «El submarino Deutschland»... Carecemos de noticias sobre ciclos semejantes organizados por la embajada en otras provincias españolas. Lo creemos muy probable, dado el éxito madrileño, y el prestigio técnico que el cinematógrafo reportaba.

Zaragoza fue otra ciudad de gruesa propaganda central. No en vano allí se habían reunido buena parte de los alemanes del Camerún a los que el Gobierno admitió su estancia en España en tanto durasen las operaciones. La colonia alemana gozaba de un gran prestigio entre la alta sociedad zaragozana. En 1916 se inaugura en la Universidad una



como más adelante diremos, era una nación poco querida a nivel popular en España. No era nada prudente que se alzase en nuestro país como abanderada de la causa aliada. Quizá por eso asume un modesto segundo plano, limitándose a escritos de reivindicación, y dejando actuar a Francia. Un fenómeno semejante ocurre con el Imperio austriaco. Austria es para España una incógnita, un país descargado de significación, que deja actuar propagandísticamente a Alemania.

Y he aquí enfrentados, en un nuevo campo de batalla, a los ejércitos, esta vez intelectuales, de Francia y Alemania.



Residente en Londres por aquellos años, Luis Araquistáin —en la foto— escribió para «The Daily News» (enero de 1916) un famoso artículo en el que denunciaba que, salvo alguna excepción, los periódicos de Madrid estaban vendidos a Alemania. Lógicamente, la polémica posterior fue notable.

Cátedra de español para alemanes, y en enero del siguiente año hay una brillante fiesta de confraternidad. A ella —nos cuenta la gacetilla local—, asisten «los más brillantes y numerosos elementos de la buena sociedad zaragozana, y de las tropas españolas de su guarnición». Un caso similar al de la Cátedra de español zaragozana se sitúa en Barcelona. Son allí clases nocturnas de alemán para los ajetreados catalanes.

Uno de los fenómenos de mayor amplitud temporal serían los cursos «de extensión universitaria», que abarcan todo el año 17 y 18. Las conferencias, de una periodicidad de dos semanales, están hábilmente planteadas. Pronunciadas por profesores alemanes y españoles, los temas son fundamentalmente culturales: «El hombre de la edad glacial»; «El sistema de las ar-

tes»; «El origen de la polifonía» ..., y entre una y otra se introducen otros de mayor peso específico: «La constitución del Imperio alemán»; «La monarquía austro-húngara»; «Las nacionalidades de Austro-hungria»... Los locales de la intelectualidad barcelonesa se abren para este curso: la Universidad, el Ateneo, la Academia de Jurisprudencia y Legislación...

Nos queda por tratar el ámbito esencial de la propaganda alemana: el periódico. Al tratar este tema hemos de movernos con gran prudencia. Si España se encontró dividida en dos bandos, aliadófilos y germanófilos, lógico es que la Prensa española reflejara en sus opiniones similar división. De este modo, ya en 1915, se pueden ver claramente bloques enfrentados de periódicos que matizan las noticias del frente y sus opiniones bajo

una u otra simpatía. Esto es un hecho claro, pero no concluyente de que estos periódicos fueran efectivamente órganos officiosos de las embajadas respectivas, ni de que en sus libros de caja se pudieran registrar sumas donadas por los servicios de información, en pago a sus servicios.

Recordamos en plan de ejemplo —anticipando acontecimientos— cómo Romanones cayó de la presidencia en abril de 1917 por haberse producido contra él una fuerte campaña popular. Esta tenía por motivo fundamental el miedo a la política de simpatía a los aliados que el Conde seguía, así como otra serie de causas menores de tipo moral y económico, que contra el presidente habían surgido. Bien, pues Romanones recordará estos momentos como la acción directa de la Embajada alemana a través de «sus» periódicos, que para él son todos los de derecha, menos **La Epoca**.

Hay testimonios de Fernández Almagro, Ceballos Teresí y el propio Romanones, que nos hablan de periódicos comprados y vendidos, de Prensa alquilada a sueldo... Tratémoslos con respeto pero con prudencia. Hemos de sentar como brújula que dirija nuestro camino, que no es es lo mismo ser periódico **germanófilo** que **vendido a Alemania**: el primero refleja un estado de opinión interno, el segundo es canal de opiniones externas. En nuestra opinión, esta diferencia se le escapó a Araquistáin en el momento de escribir su fogoso artículo de enero de 1916. Era entonces corresponsal de **El Liberal** en Londres. Indudablemente en aquellos momentos la opinión germanófila en España resultaba masiva. Y una mañana escribe en **The Daily News** que los periódicos de Madrid están ven-

dados a Alemania, y que puede contar «con los dedos de una mano» los que no lo están.

Lógicamente, se levanta polvareda. «ABC» reúne a los directores; se contesta a Arquistain. Este pide los libros de caja; aquellos aceptan..., y entre dimes y diretes se alarga una cuestión que, sin carecer de razón, estuvo mal enfocada.

No pretendiendo una enumeración exhaustiva, y de acuerdo con las informaciones de los contemporáneos, cabría decir que se distinguieron como periódicos germanófilos los siguientes: en un muy alto grado, «El Tiempo», «El Correo Español», «El Correo Catalán», «El Correo de Sevilla», «España Nueva», y «El Día». Más atemperados en sus alabanzas fueron «La Tribuna»,

«El Parlamentario» y «ABC». Este último siempre se defendió de tal definición como si de un reproche se tratara; y cuando se le lanza la calificación de germanófilo, suele demostrar el error alegando haber incluido en sus páginas artículos de Azorín, Julio Camba y González Hontoria, por aquellas fechas declarados defensores de la causa aliada.

El Servicio de Información Alemán tuvo un órgano oficial: **La Correspondencia Alemana**. Es una publicación diaria, de dos hojas de extensión, en donde se insertan las apreciaciones germánicas de las operaciones y una serie de noticias españolas y extranjeras, que adoban la postura central. **La Correspondencia Alemana** está magníficamente concebida, y logra un

buen éxito popular. En sus páginas vemos frecuentemente anuncios ofreciendo comprar números atrasados y agotados. Téngase en cuenta que la colonia alemana en España superaba —oficialmente— las 12.000 personas. Ella misma sirve de portavoz a los artículos «adictos a la causa» que se publican en el resto de los diarios españoles.

Para terminar este breve estudio de la propaganda alemana, nos queda tan sólo por reseñar el grupo de los «francotiradores». Son elementos, de la colonia alemana unos, adictos a su embajada otros, que de un modo personal y desde su pequeña tienda o imprentilla lanzan papeles, proclamas, folletines, ensalzando el valor alemán contra las injusticias del mundo aliado.



Barcelona —de la que vemos la Rambla de Canaletas— sería el cuartel general del Servicio de Información Alemán en España. Situada en la calle Santa Teresa, esta oficina de propaganda irradiaba desde allí su influencia a buen número de editoriales y librerías catalanas.

LA PROPAGANDA FRANCESA

En el ámbito del libro, triunfó Francia. Su literatura es mucho más abundante y, sobre todo, de una convicción más densa que la de la parte contraria. El intelectual que fundamentara las opiniones en sus lecturas, se dejaría arrastrar —como ocurrió— al bando francés. Editoriales que trabajaran profusamente para la causa aliada, fueron varias. Recordamos la «Armand Colin», desde París, «Bloud y Gay», «Gili», «Flammarion», «Ollendorf», todas en Barcelona, y la «Société d'Éditions Littéraires et Artistiques» que, a pesar de estar introducidas sus ediciones en francés, tienen una extraña difusión, que hace que incluso tengan sus libros contrarréplicas en castellano.

La «Armand Colin» trabaja excelentemente. Crea una colección titulada «Estudios y documentos acerca de la guerra» que, aunque primitivamente se publica en francés, ya en 1915 tiene su traducción castellana. Allí escriben las principales plumas francesas. Dirigidas por Lavissee, en el consejo de redacción figuran firmas como las de Bergson, Boutroux, Durkheim, Seignobos, Weiss, etc. Sus libros gozan de ese «cientifismo sobre la actualidad», tan atrayente para la intelectualidad inquieta.

Los libros publicados por Gili mantienen un matiz semejante. Las restantes editoriales, por el contrario, son más comerciales. Están dirigidas hacia ese vasto público que alienta sus afectos más que sus ideas: «Las memorias de una enfermera»; «Las impresiones de sacerdotes soldados»..., serán sus títulos.

No fue escaso tampoco el número de conferencias organizadas por círculos francófilos.

Una embajada cultural, dirigida por Bergson, viene a España en 1916. Pronuncia charlas en Madrid y Sevilla. El Instituto Francés en España las organiza el mismo año, por profesores españoles; Tourrasse da otra en el Ateneo a mediados del 17; Maeterlink, otra a primeros de diciembre... Pero todas llevan ese marchamo de élite intelectual, que las hacen tan profundas como poco populares.

LA PROPAGANDA DE ESPAÑOLES

Junto a esta propaganda oficial de las naciones en lucha, se produce una propaganda escrita y dirigida por españoles a favor de los bandos bélicos.

Este tipo de propaganda tiene multitud de causas; quizá la primera sea la comercialidad del tema y su actualidad. Todos los editores y libreros saben que una publicación sobre la guerra es un éxito de venta; y así, el campo de la literatura de opinión bélica discurre sin cortapisas ni de autores, ni de editores, ni de público.

Otra causa más de su proliferación es un hecho esencial a tener en cuenta: la «nacionalización» de la guerra. La guerra tiene un trasfondo nacional; ser germanófilo o aliadófilo implica una u otra postura dentro de nuestra política interior y de los partidos en curso. Por eso, buen número de hombres públicos de primera y segunda fila se lanzan a la publicación de libros. En este caso, el tema favorito será el rebuscar la postura que España ha de adoptar ahora, en preparación para la paz.

Junto a esto, y a la propaganda interna que realizan los periódicos —a la que ya nos hemos referido—, se introducen las conferencias organizadas por ateneos, círculos

culturales, políticos, recreativos..., oficiales unos, particulares otros, repartidos por toda España, y de las que nos constan abundantes noticias.

No cabe duda que la guerra es tema de actualidad. Todo lo que sobre ella se diga, interesa. Por eso, España se ve invadida por una avalancha de opiniones, cuyo contenido debemos precisar.

CONVICCIÓN Y EFICACIA COMPARATIVA DE AMBAS PROPAGANDAS

«El tema moral de la guerra fue muy bien concebido y promulgado por la Entente... Los alemanes, en cambio, fueron poco hábiles al anunciar sus razones» —observa Benedetto Croce en su **Historia de Europa en el siglo XIX**.

Esto es lo primero que nos encontramos al examinar los contenidos. Mientras Francia dota de vibración conceptual a sus escritos, Alemania se mantiene en una línea de falta de inventiva a veces decepcionante. Bien es verdad que Alemania necesitó menos de la propaganda que sus enemigos. Una vez declarada la guerra, los Ejércitos centrales se imponen por la fuerza de las armas. Los neutrales temen, lógicamente, actuar en contra de Alemania dado el valor de sus Ejércitos. Los aliados, sin embargo, no tienen otro poder inmediato que el de la propaganda, y así producirán unas ideas tan abundantes como escasos son sus éxitos militares.

Son estos los momentos en los que se lanzan a la palestra piezas de gran efecto sentimental: las de «la Bélgica sangrante», «la ruptura de los tratados de paz», «el imperalismo alemán»..., sentimientos que son rebatidos por Alemania en una labor puramente defensiva —como ya

Los campos de concentración de tropas alemanas.

Como es sabido, en nuestras posesiones del golfo de Guinea se refugiaron al comenzar la guerra las fuerzas indígenas de la colonia alemana del Kamerun, de las que estamos encargados y con las que se han constituido notables campos de concentración, que ponen de manifiesto el singular cuidado de nuestras autoridades en aquellas regiones, y muy especialmente del ilustre gobernador general Sr. Barrera, cuya continuada gestión va de éxito en éxito.

En números anteriores nos hemos ocupado de estos campos. Huelga, por consiguiente, recordarlo. Lo que sí nos viene a los puntos de la pluma es recordar que son los restos de un despojo que nos hicieron.

Los territorios que nos ocupan fueron descubiertos por portugueses, y por el Tratado de 1778 la Reina de Portugal doña María cedió a Carlos III Fernando Poo y Annobón, con expansión enorme en el interior de África, a cambio de la isla de Santa Catalina y colonia del Sacramento, en América del Sur.

Más tarde, y después de habérselas ocupado los ingleses, a quienes costó no poco trabajo echar, esta vasta y riquísima propiedad española se la repartieron casi en total Inglaterra, Alemania y Francia. Los franceses se quedaron con el Gabón, los ingleses ocuparon Nigrizia y los alemanes el Kamerun. De 800.000 kilómetros cuadrados que nos correspondió nos dejaron con 24.000 por el Tratado de París.



1. Oficiales, soldados alemanes y mujeres de estos en un campamento de concentración en Santa Isabel.—2. Soldados alemanes internados en Santa Isabel de Fernando Poo, procedentes del Kamerun y formados para pasar lista.—3. Dos oficiales españoles de los que se hallan al frente de las fuerzas alemanas precedentes del Kamerun, con soldados y una negra de aquellos territorios.

Para acoger a los alemanes que habían salido urgentemente del Camerún, las autoridades españolas arbitraron diversas medidas. Un grueso de la población civil se estableció en Zaragoza, mientras que en Guinea se establecieron campos de concentración para los soldados, según muestra el reportaje adjunto.

notaron los contemporáneos—, sin crear ideas de contrarréplica de igual volumen y valor. «Obsérvase en este género literario producto de la guerra—escribe Julián Juderías en **La Lectura** de enero de 1916—un fenómeno inverso al que ésta presenta; es, a saber, que mientras en los campos de batalla son los austrogermanos los que atacan y los aliados los que se defienden con más o **menos fortuna**, en el terreno literario ocurre que son éstos

últimos los que atacan y los primeros los que con más o menos habilidad tratan de defenderse». En líneas generales, se puede decir que éste es el método seguido por la propaganda alemana: situarse a la defensiva y demostrar por hechos concretos y datos precisos que lo ideado por los aliados es mera propaganda bélica. Francia, mientras tanto, permanece imperturbable en sus argumentos y, como es natural, para la minoría inte-

lectual española una idea tiene más valor que un dato.

Comparemos, como ejemplo, las conferencias progermánicas de extensión cultural, y la dada por Tourrasse en el Ateneo de Madrid que lleva por título «El alma francesa durante la guerra». Toda ella está llena de razonamientos sobre el rejuvenecimiento del afán de sacrificio en Francia y el florecer de una religiosidad y austeridad patriarcal, tanto más aguda cuanto mayor era la degradación anterior a la guerra. Cojamos ahora algunas de las del ciclo germanófilo: «La Enseñanza secundaria en Prusia», «Bacteriología en Alemania, en tiempos de paz y de guerra»...

Los dos tipos de conferencia son laudatorios para ambos países; los dos muestran el «efecto beneficioso» de la guerra, pero con gran diferencia en la jugosidad del tema y de distinta manera convencen uno y otro.

Procurando evadirnos de tópicos, parece como si fueran dos modos mentales diferentes los que se enfrentan: por un lado, la genialidad flexible de un latino, no exenta de superchería; por otro, la seriedad metódica de un germano. Y en este enfrentamiento, los alemanes pecan de seriedad, al mantenerse en un plano de razonamientos, ni creativo ni sugerente: «(El proceder alemán) es hasta cierto punto infantil, si se le compara con el de otras naciones en circunstancias análogas... La Gran Bretaña ha tenido siempre la habilidad de hacer que sus intereses coincidieran con intereses generales del orden más elevado e inmaterial, y, ahora mismo, en tanto que Alemania defiende su porvenir, exclusivamente, Inglaterra aparece como defensora de los grandes principios de la libertad y el

derecho» (*La Lectura*, diciembre de 1914).

Ahora bien, que la literatura francesa fuera más convincente no quiere decir que fuese más eficaz. Primero, porque Alemania tenía a su favor el prestigio de las armas; luego, porque era más abundante su propaganda; y, por fin, porque la significación nacional que el germanofilismo entrañaba fue desde el principio más simpática que su contraria.

PROBLEMAS PLANTEADOS POR LA PROPAGANDA

Los primeros comentarios que

la guerra suscita son generalmente de tipo doctrinal y candleresco; obras que podríamos llamar de comentarista de política internacional. La proximidad del choque armado hace buscar sus causas entre la polvareda de tratados, las ideas y venidas de embajadores, una respuesta descortés, y un desplante temerario. Es el momento de la historia de puntillismos, de una minuciosidad «fin du siècle». Junto a esto, el repaso de las fuerzas en activo, del material bélico, de los posibles planes de los Estados Mayores, de la duración y balanza de la guerra...

Casi inmediatamente, se inicia la alusión a lo que se llamó «el tema moral» de la guerra: ¿Si triunfa Francia qué representa su triunfo? ¿Qué hará Alemania con el mundo conquistado por ella? A partir de octubre de 1914, la alusión al tema moral es de un volumen que excede al alcanzado por el de la pugna de armamentos, relaciones exteriores, etc.

Realmente, es el «tema moral» el que adquiere valor en los países neutrales: si se hubiera enfocado no se hubiera visto afectado. Pero al decir «Luchamos por una política democrática», «por las clases sometidas», etc., el



España se benefició económicamente de la I Guerra Mundial, en cuanto que se convirtió en exportadora de múltiples productos que necesitaban los países en lucha. Sin embargo, la situación política se mantuvo en la inestabilidad: la formación del Gobierno Nacional de Salvación Pública —del que vemos parte— en marzo de 1918, da idea de ello.

pueblo acude. Acude porque también hay zonas que desean una política democrática, rendición clasista y autonomía provincial.

A propósito de la guerra, todos los temas se utilizaron: raciales, culturales, religiosos, políticos económicos... Y cada uno de ellos parece ser, en la pluma de sus autores, el auténtico provocador del conflicto. Esto hace que, pasados unos meses, se haya formado un maremágnum de causas y excusas que no se sabe como aclarar: «¿Han ustedes jamás sabido cuál era la causa de la guerra actual? En caso afirmativo —dice, bromeando, el periodista madrileño Guerra—, les ruego publicarla, pues nadie la conoce, a lo que yo sé. Esta guerra no fue causada por nada en particular, sino por todo en general».

Anécdotas de parecido valor son abundantes; por ejemplo, en un momento dado, ambas propagandas se definen como las defensoras de la civilización occidental; ambas zonas luchan contra el imperialismo de su contrario; y ambas invocan el principio de las nacionalidades como la causa de sus combates.

VERDAD O FALSEDAD DE LA PROPAGANDA

Semejantes hechos nos abren aun nuevo problema, que hay que tratar siquiera sea someramente: la verdad o falsedad de la propaganda.

Al enfrentarnos a esta pregunta, percibimos con claridad que igual de errónea es una contestación afirmativa como otra negativa. Se inician unos momentos en donde, tras las armas, se esperan frutos más ambiciosos que un territorio, que un cambio de cabeza coronada; en frase de Paul Louis, «unos momentos en que aún los espíritus menos audaces

hacen tabla rasa de todo lo que fue. Creemos que va a comenzar algo nuevo, que habrá una ruptura entre el orden de cosas anterior y el posterior». Y el alma que sueña en la trincheras, y la que espera en retaguardia, llega un momento en que no distingue qué es por lo que lucha.

Y al «hacer tabla rasa de todo lo que fue» y construir encima, todos echan la culpa del derribo a la misma causa, y todos construyen encima con los mismos materiales.

¿Causa de la guerra o patraña montada sobre ella? La realidad es que la propaganda fue creada y aceptada en toda Europa, y cuando un fenómeno logra esos volúmenes, adquiere un valor de espontaneidad que parece dudoso haya podido surgir en una elucubración de despacho.

LAS IDEAS DE LA PROPAGANDA ALIADA

Hoy en día se concibe el conflicto bélico de 1914 como el trágico desenlace de una situación creada por una pluralidad de causas, a través de sesenta años de maduración.

Una de ellas, y no de escaso valor, es el choque de los imperialismos de las potencias europeas. Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania se habían lanzado a la carrera de encontrar —antes que sus adversarios— lugares de colocación para sus capitales, materias primas para sus consumos, y mercados desprovistos para su comercio. Esta carrera meramente comercial, aún realizándose en parte por medio de entidades particulares, llevaba consigo el refrendo estatal, porque del porvenir de esos capitales dependía el desarrollo de la nación y porque un país colonizado es una zona donde ondea de la manera más efectiva la

bandera nacional. Así, la lucha, de comercial pasa a ser política.

Los roces de Tánger y Agadir fueron claramente roces imperialistas. Los acuerdos que ligan la Entente tienen el mismo carácter, y la Guerra Mundial, que tiene un nacimiento colateral al problema, da lugar a que se desahoguen en ella estas pasiones retenidas.

Paralelo a esta erupción imperialista, surge el nacionalismo. Si doctrinalmente son dos fenómenos diferentes, en la práctica es un concepto que sirve de base y aguijón para el desarrollo imperialista. Podríamos decir que lo que el nacionalismo es en el terreno político, lo es el imperialismo en el económico e internacional.

Y amanecen tratadistas del pangermanismo —Von Bernhardi, Treitschke—, de modo análogo a como aparecen los de nacionalismos a ultranza en el resto de Europa.

Una idea de lo que este sentimiento suponía en los hombres de 1910 —del valor adquirido por los conceptos «patria» o «raza»—, sólo nos es dable leyendo páginas de contemporáneos. Tales palabras sufrieron un engrandecimiento sentimental, difícilmente imaginable hoy en día. «El sentimiento más vivo —escribe Macaulay Trevelyan— en la Europa Moderna, más vivo en el día de hoy que el sentimiento religioso, hasta más vivo que el sentimiento de la lucha de clases, es el sentimiento étnico y nacional... De aquí la presente Guerra».

Este engrandecimiento se hace más abrumador conforme es más exclusivista, de modo que impide la respiración a los nacionalismos de las otras potencias.

Y éste es el camino escogido

por la propaganda aliada en defensa de su postura: el pangermanismo es el único imperialismo existente en el momento. Los otros, ni tienen entidad, ni existen. Han perecido excluidos por la ferocidad germana, que es incompatible con toda idea de nación o de región que no se encuentre sometida a la tutoría o a la bandera alemana.

Y así, mientras editoriales aliadófilas publican para demostrarlo a Federico von Bernhardi. en los países neutrales Lloyd George afirma que jamás pensó entrar en guerra hasta que el efecto moral producido por el imperialismo alemán en su pisoteamiento belga, le ha obligado a ello. Este discurso de Lloyd George es una pintura fidelísima de todo lo que va a ser la idea moral de la guerra para los aliados.

He aquí el punto de partida: encontrar una idea y un culpable que expliquen el comienzo bélico. Ahora todo consistirá en ampliarlo y recargar sus tintas.

El camino a recorrer consiste en demostrar que lo que hoy resulta un hecho, no es algo temporal en el pueblo alemán, sino una auténtica enfermedad crónica de su mente, algo consustancial a su modo de ser. Y de este modo vemos páginas cuajadas de intransigencia, como las escritas por Emile Boutroux en 1916:

«La cantidad de fuerza visible que quede a (Alemania) después de la guerra... es la persistencia de su voluntad de dominación, de engrandecimiento y de opresión... Esta voluntad subsistirá si juzgamos del porvenir por el pasado.

No dejaremos de comprender desde ahora que predicar el desarme es querer entregarse a Alemania, y que el

pacifismo significa, en efecto, consentimiento en la germanización del universo.»

No es nada original la opinión de Boutroux. El escrito del que transcribimos las frases anteriores es una auténtica recopilación de los lugares comunes de la propaganda aliada, que goza en poder de síntesis todo lo que pierde de falta de novedad.

En este párrafo encontramos dos caracteres que acompañan a los escritos de semejante fin: un recurso constante a la Historia, a esa Historia que pretende deducir de los hechos concretos el modo perpetuo de ser del un pueblo, su «inmortal casticismo»; y ese afán por separar el mundo en dos bloques: o la libertad del mundo occidental, o el mundo germánico. Román Rolland, en 1916, había escrito: «Entre el espíritu germánico y el del resto de Europa no hay punto de contacto».

¿Y cuál es el mundo germánico? Un mundo militarizado, de hombres sirviendo al imperialismo. Han hecho de él, de la Patria y de su raza, dioses por los que mueren gustosos. Fanáticos más que racionales, máquinas más que hombres. Y con estas máquinas obedientes a la voz de un dictador, se explica la atrocidad contra Bélgica, la consideración de los tratados internacionales «como papel mojado» —según la feliz expresión de Lloyd George—, la irrupción estruendosa e invencible en Francia... Todo es lógico.

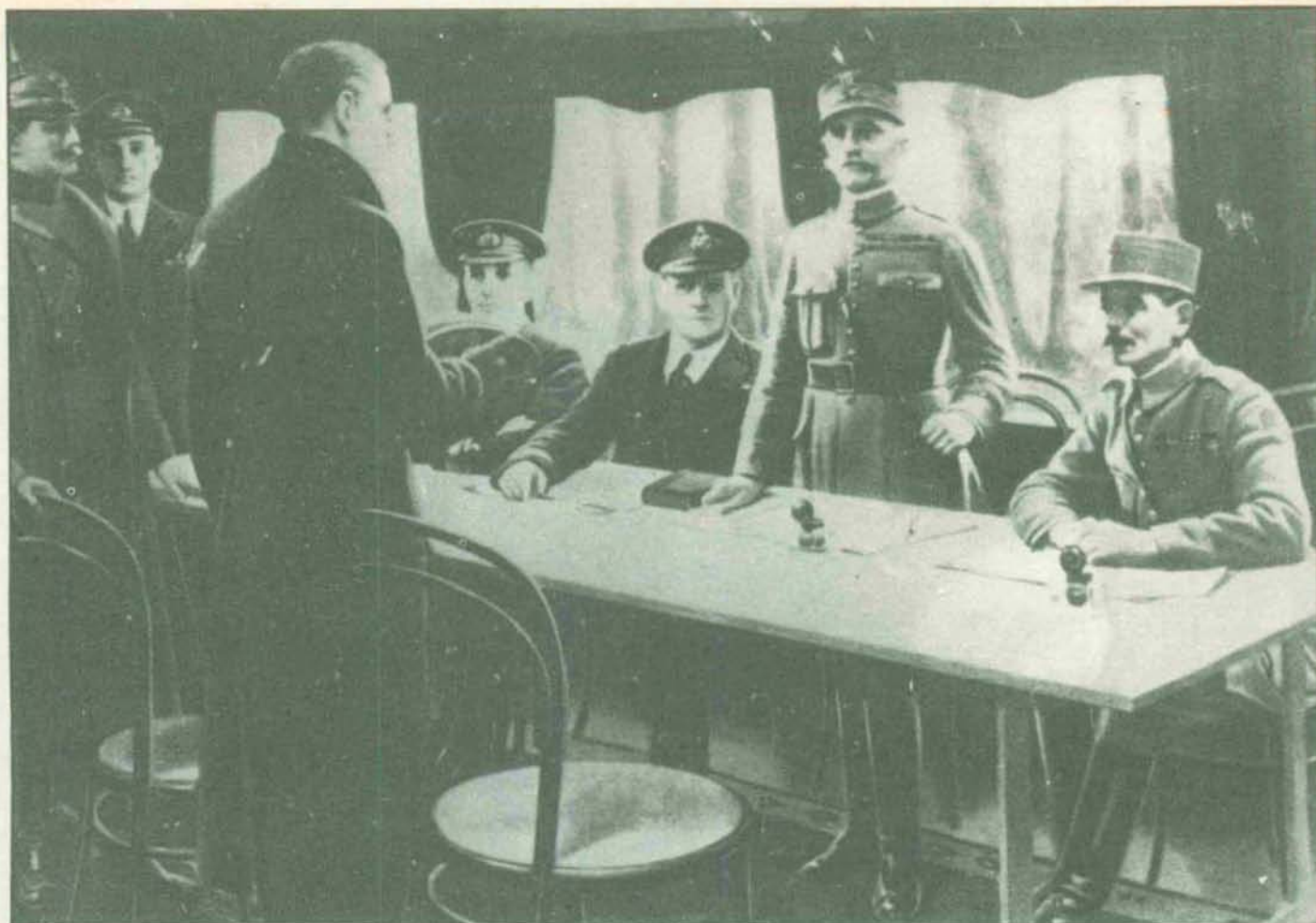
¡Cuidado, Europa! No son sólo tus hombres, tus campos, tus sistemas políticos, los que peligran en la arremetida alemana. Es tu cultura, la finura de tu sensibilidad, la delicadeza de tus ideas. En el fondo, es un enfrentamiento de civilizaciones, es Nietzsche contra Rousseau. En los campos

de batalla luchan las armas en una «cruzada filosófica». «Por el mundo entero —dice Emile Boutroux en la *Revue des Deux Mondes* el año 1916—, esta guerra es considerada como una especie de cruzada filosófica, en la que combaten dos opuestas concepciones del bien y del mal y del destino humano». Por eso, si Alemania triunfase sometería la civilización a un bárbaro despotismo, el despotismo más ruín y miserable que ha conocido la Historia. «Prusia —y es Gustave Legrende quien habla— no ha conocido por el Oriente más que tribus salvajes; la civilización mediterránea se ha desvanecido al llegar a su cielo nuboso... Todo lo que se ha hecho de grande en el mundo se ha hecho lejos de allí».

Es un peligro general para la raza latina, que ha de unirse en bloque para salvar todo lo que tiene de común. Si las armas alemanas triunfan, no hay posibilidad de convivencia, ni de adaptación, ni de pervivir. Hay una única disyuntiva: o la raza germánica, o la latina.

De la realidad de un imperialismo tan cierto como común a toda Europa, las cabezas de Occidente han saltado con limpieza hasta una incompatibilidad de culturas. La argumentación es válida, pero tiene sus fisuras.

La primera es que existen gruesos sectores en los que la palabra «civilización» carece de aplicación práctica. Son todos aquellos cuya intelectualidad no ha sido fuertemente cultivada. Para ellos habrá una solución: Occidente será libertad, nuestra civilización será democracia, nuestra cultura, progreso. Eugenio D'Ors en *Cartas a Tina* simula encontrar en un bosque del Ampurdán a unos cazadores sentados: «Nosotros



Una imagen histórica: la firma del armisticio entre las potencias en lucha de la I Guerra Mundial. El famoso vagón de Compiègne sirvió, el 11 de noviembre de 1918, para la firma del acuerdo entre el mariscal francés Foch (de pie) y los plenipotenciarios alemanes.

tros somos francófilos —continuaba el cazador tras un gran trago de vino— porque Francia, Inglaterra y Rusia van de cara al progreso».

También las razones cultas encuentran sus discordancias en el sistema creado: ¿Cómo es Alemania el país del despotismo, si pensamos en Hegel, si miramos a Goethe?; ¿aún no ha muerto el soplo romántico, y decimos que Alemania no lo es?

No pasó desapercibida esta contradicción en los medios aliados. El prestigio intelectual alemán era demasiado fuerte como para eliminarlo de las mentes en un momento. Sadler nos explica sinceramente el problema:

«El Comité de la Victoria

Leage me ha encargado escriba... explicando cómo, a pesar de los servicios intelectuales y de otros géneros que ha prestado Alemania a nuestra civilización actual, su política nacional ha estado envenenada por fines siniestros y mezquinos. Esta política es hoy el enemigo franco... de ciertas ideas, que nosotros... apreciamos más que la misma vida.»

La solución será distinguir, separar. Si distinguimos Alemania de Prusia, si separamos a ambos pueblos como realidades diferentes, veremos cómo Prusia es un país militarizado que ha asumido el espíritu de Alemania. Esparta que ha subyugado a Atenas. Junto a Prusia, Alemania ha conse-

guido un buen nivel de vida, hipotecando su libertad.

Hay aquí una nueva cruzada que emprender: separar a ambos pueblos, «para que la ciencia y el idealismo alemanes, pervertidos ahora..., puedan utilizarse en la reconstrucción de la civilización europea, que será la obra de la paz».

Ya es admisible el conjunto. Se separa el trigo de la cizaña; uno pertenece a Europa, la otra a los ejércitos que han invadido Bélgica. Todos tenemos algo que ganar en la guerra; la guerra pertenece a todos: a los que están en el frente y a los civiles de retaguardia, a los países armados y a todos los latinos neutrales.



Las dos caras del final de la Guerra del 14: mientras (página de la izquierda) una multitud se apiña alrededor de Buckingham Palace después de la Marcha de la Victoria celebrada en Londres el Día de la Paz y los reyes de Inglaterra reciben el homenaje de sus súbditos por el triunfo obtenido, miles de prisioneros alemanes se encuentran recluidos en campos de concentración aliados —como el de Abbeville, que recoge la foto de la página de la derecha—, a la espera de ser repatriados a su país de origen.

LAS IDEAS DE LA PROPAGANDA ALEMANA

Alemania tenía también un papel que desarrollar dentro del transfondo simbólico que la guerra llevaba. El puesto que le correspondía no era de menor relevancia ni de menor fuerza emotiva que el de sus contrarios. Sin embargo, no lo representó. Lo que Alemania significaba dentro del ámbito de ideas occidentales, nos es conocido antes por los escritos de germanófilos españoles que por la propaganda alemana. Así como los servicios de información aliados desarrollaron hasta la saciedad la figura de paladines de la liber-

tad, Alemania no hizo lo mismo con su representación.

En este terreno, las armas eran desiguales. Francia e Inglaterra desde el principio encontraron el enfoque moral de la guerra, mientras que Alemania no lo halló. Para los unos, el carácter del adversario era patente; para los otros, aún en 1917, era una incógnita.

Todo lo que no es defensivo en la propaganda alemana, es una reiterada afirmación de que la guerra ha sido un ataque que ella simplemente rechaza, una provocación, y que no le queda más remedio que o defenderse o morir.

Los agresores, unas veces serán «las potencias situadas en la periferia, para destruir las fuerzas de la Europa central»; otras veces, las «hordas rusas».

Cuando la agresión es occidental, ha sido la envidia su causa. Alemania ha crecido, supera al resto de las potencias, y éstas no admiten que exista «un peligro constante para la supremacía que deben disfrutar por derecho propio», en frase gráfica de Engels. Cuando se habla de «potencia», es Inglaterra el fin de los dardos. Por eso veremos que en el enfoque germano de la guerra, los alemanes se estarán defendiendo de una agre-

sión inglesa. Para la propaganda germana, Francia tuvo escasa significación: primero, porque no había sido barrera para sus armas; y segundo, porque representaba demasiado en Europa como para luchar moralmente contra ella. Así pues, la pugna será anglo-germana. Inglaterra se convertirá en un pueblo abyecto, que lucha «no por defender ideales políticos, sino por monopolizar mercados», como dice Werner Sombart. Este tipo de argumentación tuvo un gran resultado en España, país donde —insistimos— la simpatía hacia Inglaterra no era muy alta.

A veces, Alemania afirma que su lucha defensiva es contra Rusia; entonces es el paladín

de Europa. Se erige en defensora de «toda civilización del mundo contra una barbarie que se glorifica de su propia corrupción». En este razonamiento, Inglaterra pasa a un segundo plano; aunque es el enemigo más fuerte, sólo pretende vencer, no aniquilar nuestra cultura.

Esta trama no pasó desapercibida al resto de los contendientes. Tanto es así que salieron los países aliados en favor de Rusia, pintándola profusamente como el país de la democracia y la Arcadia del hombre bueno y primitivo.

De poco más consta la propaganda alemana: luego, multitud de pequeñas puyas sobre las incoherencias democráti-

cas inglesas, la inmoralidad y el alcoholismo francés, las inhumanidades aliadas en los frentes, etc.. Es literatura de agresión, menuda y eficaz, que si no construye a favor de su bando, desmorona el edificio formado por el enemigo.

En conjunto, parece toda la propaganda alemana algo inconexa. Sin ideas centrales ni fijas, unas veces ataca una posición, otras veces otra, más tarde se defiende por uno u otro lugar. ¿En dónde residió, pues, la eficacia que tuvo en España?

A nuestro parecer y en síntesis, residió no en crear algo que defender, sino en engrosar progresivamente la favorable idea previa que de Alemania se tenía. ■ J. L. A.

